

TIBNI

LOS MALES

DE LA DIVISIÓN

EDDIE CLOER

Texto: 1º Reyes 16.15–22

Un monstruo que está siempre al acecho en las sombras, presto a desintegrar familias, iglesias, organizaciones y naciones, es el conflicto interno. Uno de los lemas del diablo, para la victoria, ha sido siempre: «Divide y vencerás». Como está consciente de que «una casa dividida contra sí misma no puede permanecer», él procura destruir al pueblo de Dios por medio de volver a hermano contra hermano. Si no puede destruir la casa de la verdad haciendo uso de pájaros carpinteros del exterior, hará que se carcoma lentamente usando termitas del interior.

Además de todas sus demás dificultades, Israel tuvo que bregar con una división nacional, un problema que estuvo muy cerca de convertirse en el paso que al final la haría caer. Tal vez la nación que menos preparada estaba para la distracción de la división, era Israel. La nación había tenido tres reyes como si hubieran sido servilletas desechables. Un total de cinco reyes habían reinado desde el 931 a. C., y la totalidad de los cinco habían muerto con el juicio de Dios sobre sus cabezas. De los cinco, a uno lo hirió Dios (Jeroboam), dos fueron asesinados (Nadab y Ela), y uno cometió suicidio (Zimri). De Baasa, ni siquiera sabemos qué sucedió. A Jeroboam y a Baasa se les dieron los reinados más prolongados, reinando el primero veintidós años y el segundo veinticuatro. Jeroboam usó su tiempo para fundar su propia religión, y Baasa usó el suyo para perpetuar la religión de Jeroboam. Por lo tanto, ninguno de estos dos acertó a proveer el

liderazgo espiritual que la nación necesitaba. Como resultado de estos fracasos, Israel llegó a encontrarse en un estado debilitado, tanto en lo espiritual como en lo estructural. El pueblo necesitaba desesperadamente una transfusión de vida espiritual, y necesitaba volver a dedicar su vida a Dios. Se necesitaba a alguien que uniera a la nación y la llevara de vuelta a Dios, de lo contrario la muerte podía ser inminente. Podía ser que el siguiente rey fuera la solución.

Para decepción de todos los buscadores de Dios, no se halló esperanza alguna en el siguiente rey, Tibni. El siguiente intento por poner un rey sobre el trono, empeoraría las cosas, al dividir la nación en facciones enfrentadas. Este conflicto produjo una fractura a la nación, conflicto que tuvo de cuatro a cinco años de duración. Estos años de falta de unidad en Israel llevaron a la nación al borde de la aniquilación. Si el reino hubiera seguido en un estado de división por un tiempo más, no hay duda de que hubiera sido destruido por los poderes superiores emergentes de Damasco, que estaba al norte, y de Asiria, que estaba al este. La nación debió de estar a escasos instantes de su caída.

¿Qué fue lo que propició esta casi desaparición? ¿Cómo fue que el diablo casi logra ver realizado su feroz deseo? Él usó la división, una de sus herramientas favoritas para destruir.

Omri, aunque era considerado popular por más o menos la mitad de Israel, no era aceptado por la otra mitad. Los que no seguían a Omri eligieron a un hombre llamado Tibni, como

rey de ellos:

Entonces el pueblo de Israel fue dividido en dos partes: la mitad del pueblo seguía a Tibni hijo de Ginat para hacerlo rey, y la otra mitad seguía a Omri. Mas el pueblo que seguía a Omri pudo más que el que seguía a Tibni hijo de Ginat; y Tibni murió, y Omri fue rey. En el año treinta y uno de Asa rey de Judá, comenzó a reinar Omri sobre Israel, y reinó doce años; en Tirsa reinó seis años (16.21–23).

Tibni reinó de cuatro a cinco años sobre una parte de Israel (885 al 881 a. C.), mientras que Omri reinó sobre la otra parte. Durante este tiempo de división, prosiguió con furia una guerra civil entre las dos partes, hasta que por fin Omri venció a Tibni y llegó a ser el único monarca.

Tibni es un personaje poco conocido. Tuvo una fugaz actuación en el escenario de la historia de Israel, y luego desapareció. Ni siquiera sabemos cómo murió. ¿Fue muerto en batalla? ¿Murió con él su causa? No lo sabemos.

Lo que sí sabemos es que se llevó una parte de Israel, lejos de la unidad y hasta la división. No se da indicación alguna en el texto de que su causa fuera justa u honrosa. Si hubiera estado dirigiendo a su pueblo hacia una elección justa que honrara la Palabra y el camino de Dios, no hay duda de que habría sido mencionado por el Espíritu Santo.

Son dos clases de división las que existen: la división fiel y la división facciosa. Dios hace que suceda la primera, y el diablo hace que suceda la segunda. Una es del cielo, y la otra es de la tierra. La primera clase de división ocurre por causa de la verdad escrita y la verdad viviente (2ª Corintios 6.16–18). Jesús dijo: «... no he venido para traer paz, sino espada» (Mateo 10.34b). La decisión de seguir a Jesús puede dividir una familia, un matrimonio o dos amigos. Esta sería la clase de división que Dios honra. Si ser cristiano hace necesario que usted se separe de personas que destruirían su fe en Cristo, que la llevarían a la infidelidad a Cristo, o que estropearían su influencia para Cristo, entonces salga de en medio de ellos. Tal división es necesaria y noble, es voluntad de Dios. Es división aceptable, no condenable.

La división facciosa es la clase de división en la que hay que fijarse y que debe evitarse. Pablo escribió:

Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y

lisonjas engañan los corazones de los ingenuos (Romanos 16.17–18).

Los facciosos son agitadores, son conflictos ambulantes que andan buscando pretextos para crear problemas. Causan divisiones por asuntos de opinión, por personalidades y por deseos personales, pero no por la verdad.

¿Qué clase de división experimentó Israel: fiel o facciosa? Debió de haber sido facciosa, esto es, una división que no debió haber sucedido, una división que promovió la causa del diablo, no la de Dios.

¿Se imagina usted? Esta nación que se tambaleaba sobre el borde de la muerte espiritual, complicando aún más sus desgracias al dividirse en dos facciones que gastan gran parte de la energía que les quedaba en pelearse entre sí. Israel tenía asuntos que resolver que eran mucho más importantes como para estar asumiendo los rigores de una guerra civil.

Esta página de la historia de Israel es especialmente instructiva para nosotros. Entre otras verdades, nos presenta los males de la división. Eche una mirada a estos males a través de las lágrimas de los fracasos de ellos. Pondere cuidadosamente estos males, y resuélvase a no permitirles que le aflijan a usted.

LA DIVISIÓN DISMINUYE NUESTRA FORTALEZA

El primer mal de la división facciosa que debemos notar es que disminuye nuestra fortaleza. Israel necesitaba concentrar toda su energía en la restauración de la vida espiritual de la nación. En lugar de esto, se les fueron unos cuatro años de su energía en eliminar una facción. En lugar de hacer reuniones para orar, hacían consejos de guerra; en lugar de reunirse para oír sermones, se reunían para afilar espadas. Sus recursos se iban en lograr la voluntad del hombre, no la de Dios.

Un pequeño grupo unido es fuerte; en cambio, hasta el grupo más grande es débil cuando está dividido. La energía que se necesita para las batallas espirituales que se deben pelear, se desvía hacia las preocupaciones y aflicciones que provienen de la división. Mientras una mula esté pateando, ella no podrá tirar, asimismo, mientras en un pueblo haya unos peleando contra otros, por lo general no podrá avanzar.

Puede que haya oído del padre que instó a sus hijos a estar unidos, e ilustró la idea usando varios palillos. Primero tomó un palillo y lo quebró delante de todos ellos, explicando: «Comprueben que un palillo por sí solo se quiebra fácilmente». Luego

tomó dos palillos, los juntó, y con poquito más de esfuerzo los quebró; y dijo a sus hijos: «Si solo dos de ustedes se mantienen juntos, serán más difíciles de ser vencidos». Luego el padre juntó varios palillos y trató de quebrarlos, pero esta vez fue imposible hacer tal cosa solamente con las manos, porque eran demasiado fuertes; y la lección no se dejó esperar: «Hijos, como ven, si todos ustedes se mantienen juntos, será imposible para el diablo vencerlos. Uno solo de ustedes es débil. Dos de ustedes conforman una fuerza mayor. Pero todos juntos, pueden ser invencibles». Todos sabemos que la lección que él estaba enseñando es verdadera.

¿Quién, en su sano juicio, subestimaría el valor de la unidad? Israel, no obstante, lo subestimó, y nosotros a veces lo subestimamos. Israel debía haber acudido a Dios y pedido que Él les eligiera su rey. Luego debían haberse unido en el cumplimiento de la elección de Dios. Si hubieran hecho así, habrían hecho la voluntad de Dios, habrían estado unidos como un pueblo, y hubieran sido invencibles como nación. No obstante, el pueblo quiso hacer su propia elección, y no pudieron ponerse de acuerdo. Una cosa llevó a la otra y un ruptura se suscitó. Así sucede siempre. La división es lo que por lo general se suscita cuando se rechazan los caminos de Dios. La gente solo puede estar unida cuando se ven obligados por las circunstancias a juntarse, o cuando se ponen de acuerdo para someterse a la voluntad de Dios. Este es el camino que todo el mundo debería procurar y buscar.

LA DIVISIÓN DESPLAZA NUESTRA LEALTAD

Otro mal de la división, que no podemos darnos el lujo de desconocer, es que ella desplaza nuestra lealtad. Israel debía ser leal únicamente al Dios de Israel. Este debía ser el único líder de ellos. El rey había de ser Su representante en la tierra. La tarea del rey era dirigir a su nación ayudándola a ser el pueblo «apartado» de Dios sobre la tierra. Cuando Israel se dividió en dos grupos, cada familia se hizo leal a una de las facciones. En lugar de ser una sola nación de un corazón y de un alma bajo la protección de Dios, Israel se convirtió en dos naciones, que se disputaban la supremacía de una sobre la otra. ¿Cuán lejos iban a llegar dejando de ser una sola nación bajo la protección de Dios? Habían dejado de estar comprometidos con Dios para comprometerse con un facción, habían dejado la voluntad de Dios para satisfacer sus caprichos.

Las señales de la carnalidad, según el Nuevo Testamento, incluyen: celos, contiendas y disen-

siones (1^{era} Corintios 3.3). En otras palabras, la carnalidad abarca mucho más que bailar, beber y mirar películas inmorales. Algunas personas se apartan con horror de estas tres actividades, y es bueno que lo hagan; lamentablemente, algunas de estas mismas personas son expertas en celos, contiendas y disensiones. El Espíritu Santo sabía que la discordia y la división serían el azote de la iglesia a través de las eras, y Él previno contra las contiendas más que contra cualquier otro mal que haya ocupado mucho de nuestra atención.

¿Acaso no hemos visto emerger el mal de dejar de ser leales al Señor por causa del denominacionalismo? Muchos que afirman ser cristianos se dividen y promueven facciones. Se dan nombres especiales, elaboran credos especiales para sí mismos y se organizan para la perpetuidad. La lealtad que debe ser únicamente para Cristo y para la iglesia de Este se convierte en lealtad para «la iglesia y las creencias de ellos». Cristo pasa a ser solo una parte del plan de ellos, cuando Él debería ser el plan total. Si tan solo nos tomáramos el tiempo para consultar la Palabra de Dios, y hacerlo sin prejuicios, hallaríamos que en ella no existen las denominaciones. Las Escrituras hablan únicamente de una iglesia (Efesios 4.4-5), la que Cristo compró cuando murió en el Calvario (Hechos 20.28). No se trata de «mi» iglesia, ni de «su» iglesia, ni de «nuestra» iglesia, sino de la iglesia *de Él*. Nadie es añadido a ella, si primero no se somete a la voluntad de Cristo, y nadie vive por Cristo como es debido, si no vive como miembro de esa iglesia únicamente, sin añadirle ni sustraerle.

Yo les digo a mis estudiantes de predicación que se guarden por todos los medios de cometer un gran error, con estas palabras: No lleguen al trono de Dios el último día, con un historial que muestre en su ministerio del evangelio que ustedes dividieron una iglesia por opiniones, por personalidades o por caprichos personales. Este es uno de los peores señalamientos que ustedes pueden tener contra su nombre. Usted es predicador del evangelio. Predique la paz, la clase de unidad que es del Espíritu, no la división. Una a los hermanos; no los separe. Dios es Dios de paz; Cristo es Príncipe de paz; y el evangelio es las buenas nuevas de paz en la tierra y buena voluntad para con todos los hombres.

LA DIVISIÓN DESCONCENTRA NUESTRO ENFOQUE

Un tercer mal de la división es que desconcentra nuestro enfoque. Nos aparta del rumbo, nos lleva a recalcar otras cosas y nos aleja del propósito de Dios.

¿En qué debía centrarse Israel? Si Israel hubiera sido fiel a su vocación, al propósito que Dios le dio, ella habría estado buscando la voluntad de Dios, esto es, el plan de Dios para la nación. Israel había de declarar a las naciones que la rodeaban, la excelencia de Jehová el Dios de ella. Al dividirse la nación en dos partes, cada una de estas dejó de centrarse en el propósito de Dios, para preocuparse por poner sobre el trono a su propio rey, y por ganarle la guerra a la otra.

La misma tragedia puede sucederle, y a menudo le sucede a la iglesia. Cuando nos dividimos en grupos, perdemos de vista el único y verdadero propósito que Dios tiene para la iglesia: servir de testimonio para las naciones, predicar el evangelio al mundo (Marcos 16.15; 1^{era} Timoteo 3.15). La división hace que nos centremos en el cumplimiento de los planes y objetivos favoritos de nuestra propia facción, y no en la voluntad de Dios.

He conocido iglesias que se dividieron, y que literalmente perdieron el propósito que Dios les dio para su existencia. Cuando estaban unidas, cada una de ellas podía haber trabajado hacia la meta de llevar el evangelio a toda la tierra. Tenían dinero para gastar en ello, y miembros que podían trabajar en ello, pero se dividieron. En cada una de ellas, el grupo que salió tuvo que construir un nuevo edificio (por supuesto), y en esto se invirtió todo el dinero que podía dar. El grupo que se quedó atrás era ahora tan reducido, que no podía hacer otra cosa más que mantener el antiguo edificio. En cada caso, una iglesia unida que podía haber hecho algo, se convirtió en dos iglesias que no podían hacer nada, excepto sostenerse a sí mismas. La división desconcentró el enfoque de ellas. Experimentaron lo mismo que Israel experimentó con Tibni y Omri.

Cuando Israel sucumbió a la división, el mal de un enfoque desconcentrado descendió sobre ella, dejándola sin un propósito divino a cambio de su ambición. Dejó de procurar la voluntad de Dios; se convirtió en una nación pagana que insistió en salirse con la suya.

CONCLUSIÓN

¿Aprenderemos nosotros la lección que nos enseña este sombrío capítulo de la historia de Israel? La división aleja de Dios, no acerca a Él. Mina nuestra fortaleza, diluye nuestra lealtad y encamina mal nuestros esfuerzos.

Se cuenta la historia de una niña que se perdió en los campos de trigo de Kansas. Se alejó de su madre y se perdió en un laberinto de plantas en pie. Cuando se descubrió su ausencia, se organizó

una extensa búsqueda. El tiempo era un factor crítico, pues con la noche llegaban el viento frío y otros peligros. Los buscadores iban en todas las direcciones, sin lograr nada. Se perdió un tiempo precioso. El primer día de búsqueda pasó, y la noche de este también. A la mañana del segundo día, uno de los líderes de la búsqueda propuso que todos se tomaran de la mano y formaran una larga línea de personas que peinara los extensos campos, de modo que abarcaran cada pulgada, hasta que la niña fuera hallada. Se tomaron de las manos y comenzaron a hacer un barrido. En poco tiempo la niña fue hallada. Esta se encontraba en medio de uno de los campos. Se había acurrucado entre los tallos, en un intento por mantenerse tibia, pero cuando la hallaron era demasiado tarde. Estaba muerta. Más adelante alguien comentó, diciendo: «Si tan solo nos hubiéramos tomado de las manos un poquito antes, podríamos haber salvado su vida». Esta observación puede ser el veredicto de Dios en cuanto a los esfuerzos que hace un mundo religioso dividido, por llevar el mensaje de Cristo a los perdidos. Si nos tomáramos de la mano, obedeciendo las claras enseñanzas de las Escrituras y formando parte únicamente de la iglesia de Cristo, llegando a ser verdaderamente uno en Cristo, podríamos rescatar a muchísimas más personas de las garras del pecado en este mundo. Estando paralizados por la división y la desobediencia, no logramos que un mundo inicu y descuidado escuche el evangelio, y menos que lo obedezca.

La unidad en Cristo es preciosa para Dios y atractiva para el hombre. La unidad en Cristo es una prueba segura de la autenticidad del cristianismo. Los males de la división son evidentes incluso para los no cristianos. Todos desean la unidad, no la división.

Somos peregrinos que vamos juntos hacia la presencia de Dios. Todos los que afirman ser cristianos deberían procurar la unidad y la comunión que se observa en la camaradería de los cristianos primitivos, y que se recoge en los Hechos de los Apóstoles.

Como cristianos neotestamentarios que somos, roguemos por la unidad del espíritu en el vínculo de la paz y demostremos siempre que la guardamos (Efesios 4.3). Mientras esperamos el regreso de Jesús, debemos darle prioridad al mensaje de 2^a Pedro 3.14: «... ser hallados por él [...] en paz». ◆

***Lección a ser aprendida:
La división no proviene de Dios,
sino que procede del diablo.
Evítela.***